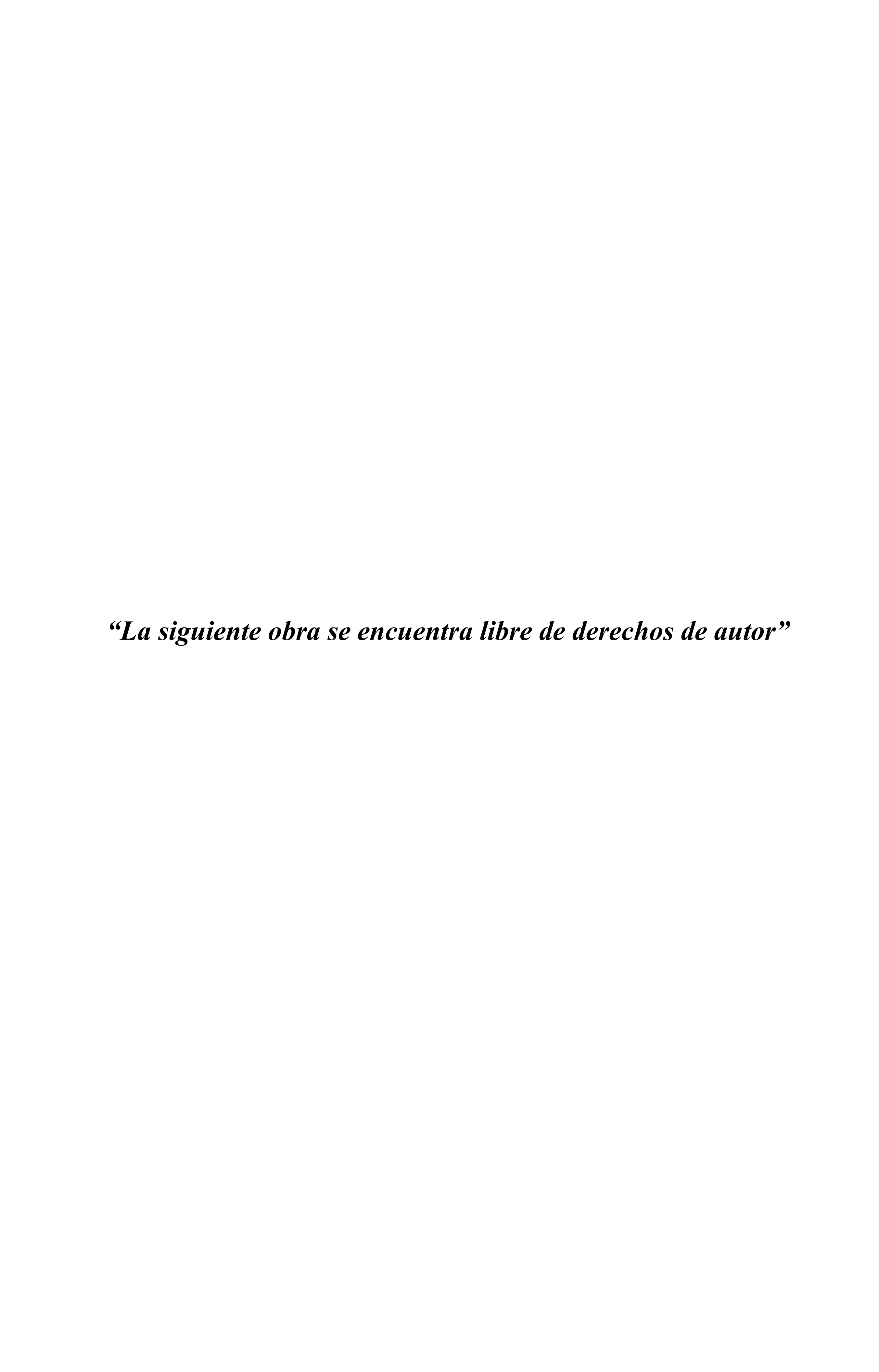


La cebra atontada

Prólogo

En la sabana africana, había una manada de cebras como cualquier otra. Los adultos pastaban las largas y secas hierbas, por otra parte, los pequeños jugaban entre ellos. A un lado, ahí se encontraba una cebra, con pocos meses de nacida, sin nada raro, excepto por sus patas, que carecían de rayas, parecía llevar puestas dos pares de calcetas blancas.

Su madre se acercó y, con su lengua, limpió la cabeza de su pequeña. El potro se sacudía, no le gustaba ese gesto. Al terminar, la madre frotó su cabeza con la de su hija. Luego, ambas siguieron a la manada, la cual, se alejaba del sitio.

De repente, una mariposa sobrevoló, por encima de la pequeña cebra. Esta no pudo resistir y persiguió al bicho volador. Su madre no vio problema, que su retoño jugase un poco, antes de partir. Mientras la manada abandonaba el prado, la cebra de patas blancas seguía a la mariposa, hasta perderla entre los pastizales. La pequeña cebra intentó visualizar a la mariposa, pero, no la ubicaba.

Inesperadamente, algo llamó su atención. Unos círculos brillantes, se encontraban inmersos en el largo pasto. La cebra se acercó un poco más, para ver con detalle, que era lo que se escondía en la vegetación. La pequeña se giró, al escuchar a su madre relinchar, quien corría hacía ella, con desesperación. De pronto, un león salió de su escondite, como un resorte. La cría apenas logró esquivar las garras, que casi la enganchan mortalmente y corrió en dirección a su madre.

El león abrió una persecución contra el potro, el cual, no pensaba en otra cosa, que no fuese correr, para salvarse. El depredador estaba a punto de clavar sus afilados dientes en el lomo de la pequeña cebra, sin embargo, la madre embistió al felino y ambos rodaron en el suelo. La pequeña volteó hacía atrás, para ver a su madre, quien forcejeaba con el león, en el piso.

El potro, con miedo por lo que fuese a pasar, intentó regresar, para apoyar a su progenitora, no obstante, su madre bramó, para que no se acercara, mientras recibía rasguños, por parte del león. Un zarpazo en la cara la hizo gritar de dolor y dejó su cuello expuesto. Su atacante no dudó, ni un segundo, y atravesó la yugular de su presa, con sus colmillos.

El cuerpo de la madre realizó unos pequeños temblores y luego, simplemente, dejó de moverse. La pequeña cebra tampoco se movía, no porque estuviese muerta, más bien, fue porque su mente no logró procesar lo que acababa de presenciar. Con todo su dolor, apretó los ojos y decidió volver a toda prisa, con su grupo. Ella procuró no mirar atrás, no soportaba ver lo que había atrás.

Capítulo 1

Varios años pasaron, la pequeña cebra dejó de serlo y creció, hasta volverse adulta, sin embargo, sus extremidades no cambiaron, aún parecían cuatro pálidos troncos de madera, sin corteza. La cebra mutante se mantenía en el centro de su rebaño, para evitar a los depredadores, porque, una cebra que resalta, es una cebra muerta.

En medio de todo el prado, la cebra intentó acercarse a los demás miembros, de su grupo, no obstante, estos al ver que, la diana con patas, se acercaba, optaron por darle la espalda, e ignorar su presencia. Tras ver su acción, la cebra decidió alejarse de ellos y pastar sola.

La cebra contempló, delante suyo, un trozo de pasto, que había sido ignorado. Entonces, se acercó a la hierba, para comérsela. Antes de darle el primer mordisco, la cebra se percató de la presencia de un potro, el cual, tenía fija su vista, en el mismo alimento. Después de pensarlo un poco, la cebra invitó al pequeño a comerse el zacate, con un gesto de su cabeza.

Lentamente, el potro se acercó. Cuando llegó, la cebra, con sus labios, le apunto su regalo. El pequeño le sonrío, como agradecimiento y la cebra se mostró feliz, sin embargo, una pesuña sacudió la tierra, lo que asustó a ambos, era la madre del potro, la cual, enseñaba los dientes, al mismo tiempo, que respiraba violentamente y su mirada estaba clavada, en la cebra extraña.

Al sentirse angustiada, la cebra bajó la cabeza y retrocedió, con suavidad. Inesperadamente, la madre le jaló la melena, con sus dientes y la cebra soltó un bramido, parecía que se la iba a arrancar, no obstante, la otra soltó su pelo, después, la pegó un cabezazo y, para terminar, le escupió un gruñido.

La cebra angustiada se alejó de ellos, sin embargo, notó las miradas, que la rodeaban, de repente, el ambiente guardó silencio, no hubo ningún movimiento. El corazón de la cebra se aceleró, con descontrol y su respiración se volvió agitada. Rápidamente, corrió, hasta que se apartó de toda su manada, por otro lado, el resto de cebras se limitaron a ver como se iba, luego, siguieron con sus asuntos, sin darle mayor importancia.

La cebra, apenada por lo sucedido, yacía en una colina, bajo el sol abrazador, de la sabana, mientras observaba sus patas. Luego, apretó los dientes y sus

ojos se llenaron de repulsión. Con desdén, restregó sus extremidades en la tierra, para ensuciarlas. Cuando quedaron cubiertas de polvo, la cebra suspiró.

Un ruido repentino captó su atención. La cebra alzó su cabeza, para contemplar lo que sucedía. Sus pupilas se encogieron, por ver a los suyos correr, despavoridamente. Mayor fue su sorpresa, al contemplar a un león perseguir al potro. Sin pensarlo, la cebra se lanzó a socorrer al pequeño.

Entre tanto, el potro trató de escapar de su perseguidor, el cual, no se rendía en su persecución. El depredador estaba a pocos centímetros de morderle, con sus enormes fauces. Sorpresivamente, el león fue detenido por la singular cebra, que lo jaló de su cola, con los dientes. Gracias a ello, el potro consiguió alejarse del perseguidor y huyó con su madre.

La cebra soltó la cola del león y comenzó a correr. El gran felino rugió con furia, pero, rápidamente, se dispuso a seguir a su nueva comida. La cebra intentó perderlo, al mezclarse entre sus semejantes, que, también, piraban con pavor, sin embargo, el depredador no le perdió la vista. La cebra corrió tanto, que terminó separada de su manada, solo estaba ella y el león, a sus espaldas.

Así pues, la carrera por sobrevivir se prolongó por varios minutos. La cebra empezaba a jadear, por el cansancio de correr. De repente, clavó sus pesuñas en la tierra y se detuvo, al hallarse a la orilla de un risco. El león saltó, de golpe y se encaramó en el lomo de la cebra. El empujón provocó que ambos cayeran por aquel rocoso acantilado.

Mientras descendían, el león quedó por debajo de su presa y cuando tocaron el suelo, el depredador fue aplastado por el cuerpo de la cebra. Por otra parte, la cabeza del équido colisionó contra el suelo y quedó inconsciente.

La cebra abrió los ojos y, poco a poco, sus sentidos regresaban a ella. Recordó la razón por la que huía y se levantó, bruscamente. Sacudió su cabeza y su vista recuperó la claridad. Su miedo disminuyó al ver a su perseguidor, tendido en el suelo, sin casi moverse, lo único que se movía era su tórax, a duras penas respiraba. Entonces, como si fuese un obsequio, los labios de la cebra se estiraron, hasta formar una sonrisa, acompañada por una mirada burlona y despreocupada.

Cuando el león abrió por completo su mirada, lo último que vio, fue a su presa, con las patas delanteras alzadas. Súbitamente, la cebra pisoteó el cuerpo del león, una y otra vez, cada una con más fuerza que la anterior. El

moribundo sintió como sus órganos eran machacados, por las pesuñas de la que creía era su víctima. En aquel momento, lo único que se escuchó, eran los golpes cargados de excitación.

La cebra cesó, por un momento, y observó al león, quien quedó hecho una masa de carne después de ser molida por un mazo. Las únicas señales de vitalidad, que aún le quedaban, eran los minúsculos espasmos en su cara. Entonces, con la fuerza más desenfrenada, la cebra enterró sus patas, en el rostro del felino y le fracturó la mandíbula, lo cual, fue el golpe de gracia, que acabó con su agonizante vida.

El gozo empapó, como sudor, la mente de la cebra, quien, para despedirse, se giró y rasco el suelo con sus patas traseras. Luego, prosiguió su camino, para volver con su grupo. Sus pensamientos se encontraban serenos, cual agua que fluye por un calmo río. No obstante, la quietud se desvaneció, cuando escuchó un tenue bramido.

Rápidamente, el miedo regresó a su ser y se apresuró a esconderse, detrás de una piedra. Atenta a lo peor, el pelo de la cebra se erizó. Con valor, asomó su cabeza, para ver de qué se trataba. Fue grande su sorpresa, al ver como una figura se acercaba al cuerpo del fallecido. Era un gato dorado, con pelitos erguidos sobre su cabeza, sin embargo, lo que más llamó la atención de la cebra, fue su tamaño, mucho más pequeño que ella y el león, una cría.

Su rostro se congeló, por lo extraño que le pareció la escena. No obstante, sus dudas se aclararon, al ver al cachorro frotar su cabeza, con la del león muerto. De repente, la boca y los ojos de la cebra se abrieron, al entender la situación. El cachorro empujaba la cabeza de su padre, con la suya, pero, no obtuvo respuesta alguna. Entonces, lamió la mejilla de su progenitor y se acurrucó junto al frío cuerpo.

Los pensamientos de la cebra, se revolvieron entre sí. Después de unos escasos segundos, zarandeó la cabeza y se dictó en irse, lo más pronto posible, sin mirar atrás. Mientras caminaba, una sombra se proyectó en el suelo. La cebra la ignoró. Luego, varias sombras se manifestaron, por consiguiente, la cebra levantó su mirada al cielo. Eran buitres, los cuales, comenzaron a rodear el sitio. La cebra volteó, para ver lo que sucedía, por detrás.

Esos carroñeros, descendieron hasta bordear el cadáver. El leoncito gruñía, para espantar a las aves, pero, los buitres no se movieron. Cuando todos

descendieron, toda la parvada se lanzó contra los felinos. Varios de ellos peleaban, para quedarse con un pedazo del pastel y eso incluía al cachorro, el cual, era picoteado por los pájaros. Picotazo tras otro, el cachorro se cubría con sus patitas, sin embargo, los carroñeros fueron espantados por la cebra, la cual, los correteó hasta que huyeron de vuelta al cielo.

El cachorro dejó de cubrirse y miró a la cebra. Esta lo vio, por un instante y, sin pestañear, se alejó de él, para regresar con su manada.

Cuando volvió al prado, la cebra se percató de la ausencia de su grupo. Debido a ello, sus orejas se cayeron y sus ojos se entrecerraron. Caminó un poco por aquel yermo, en el cual, empezaba a helar, debido a que, el sol comenzó a ocultarse. Al caer la noche, se acostó en medio de la llanura, mientras su piel temblaba y sus oídos se alteraban, ante el más mínimo de los susurros.

La cebra luchaba contra el mismo sueño, sin embargo, la fatiga terminó por ganarle y cayó dormida. Al día siguiente, con los primeros rayos del sol, que atravesaban todo lo que se llamaba pradera, yacía la cebra en la tierra, tendida como una alfombra hecha de pelo. De repente, sintió algo, jalar la piel de su pata. Súbitamente, esa sensación se transformó en un dolor agarrante. La cebra abrió su vista y descubrió la causa de su molestia. El pequeño león tenía clavada su mordida, en la parte superior de su pata. Rápidamente, la cebra se puso de pie y comenzó a sacudir su extremidad, para deshacerse de su minúsculo atacante.

Después de tanto agitar al bicho, cual muñeco de trapo, este se despegó de su antebrazo y se estampó contra el suelo. Su mordida quedó marcada en la pata de la cebra, lo que la hizo pelar los dientes y apuntar su mirada, al cachorro. Luego de sacudirse, el pequeño león levantó el pecho y comenzó a rugirle a la cebra. Esta se limitó a observarlo, sin inmutarse, aquellos rugidos nomás le eran unos patéticos chillidos.

El leoncito insistía con sus bramidos, pero, la cebra solo revoleó los ojos y, como un rayo, le aventó un berrido en la cara al pequeño, que lo hizo saltar del susto y retroceder con pánico, hasta enconderse en la seca vegetación. Tembloroso, la cría permaneció oculta en el monte. La cebra se dio la vuelta y se marchó del lugar.

Capítulo 2

La cebra transitaba por la sabana, bajo el calor del mediodía. De repente, algo robó su interés, un pequeño ojo de agua, rodeado por árboles de finas ramas. Cuando se acercó al oasis en miniatura, la cebra bajó su cabeza y comenzó a beber del agua, que ahí se encontraba. Al principio, ella tomaba sin inquietud alguna, sin embargo, algo irrumpió su, relativa, armonía. Se percató de la presencia del pequeño león quien, al igual que ella, tomaba de la misma agua. La cebra cesó su ingesta y observó al cachorro. Posteriormente, giró su cuerpo y, mosqueada, reanudó su camino.

A través de la pampa árida, la cebra solo andaba, sin rumbo aparente. De pronto, escuchó pisadas por el pasto, detrás suyo. La cebra volteó su vista, mientras, su respiración se agitaba, no obstante, sus instintos se templaron, al ver que solo se trataba, del mismo pequeño león.

La cebra le volvió a gruñir al latoso seguidor, pero, el cachorro se acercó más a ella. Entonces, la cebra se paró en frente suyo y, nuevamente, le soltó un bramido, el cual, rebotó por toda la llanura. A pesar de ello, el leoncito no retrocedió y la cebra se quedó en la desorientación.

De manera inesperada, una risa se escuchó a lo lejos. Apresuradamente, la cebra alzó la cabeza y rotó su mirada, por todas direcciones, en alerta de cualquier peligro. Sus cuencas giraron, como brújulas descompuestas. De repente, sus ojos captaron, la causa de dicho sonido. En la cima de una colina, yacía una hiena manchada, la cual, contemplaba a ambos, desde lo alto, con sus oscuros ojos los enfocaba, con precisión.

Al verla, el leoncito salió disparado, como una bala cuyo único objetivo era llegar lo más lejos, que pudiese. La cebra, solamente, retrocedió con despacio, después de todo, solo era una, sin embargo, más risas, provenientes de la misma dirección, emergieron, cual alarma que suena antes de un bombardeo. A continuación, una docena de los depredadores manchados, se presentaron y formaron una fila, que cubrió casi la totalidad de la colina. Sin titubear, las hienas se lanzaron a la cacería y la cebra echó a correr, de golpe.

En ese momento, el corazón de la cebra bombeaba sangre, con gran violencia, como el motor de un coche que consume su gasolina, al mismo tiempo, que el sudor la bañaba, por todo el cuerpo. La cebra galopó con enorme intensidad, hasta que alcanzó al pequeño león. Esta notó que la velocidad del cachorro,

disminuía, sus energías se agotaban. Con brusquedad, la cebra tomó al leoncito, con su boca y aceleró la marcha.

La carrera se extendió, hasta llegar a un pantano, en medio de la sabana. Los gemidos de las hienas, solo incrementaron el pánico de la cebra, la cual, empezó a saltar entre la vegetación, con tal de perderlas. Inesperadamente, una de sus patas se hundió en un charco fangoso y ambos tropezaron.

El barro voló del suelo y los salpicó. Los dos quedaron cubiertos de lodo. Yacían tendidos, sobre la tierra mojada, la cebra se mantenía quieta y en silencio, al mismo tiempo, el cachorro temblaba de miedo. Las robustas figuras de las hienas se veían, pasar por la maleza, en búsqueda de sus presas. Rápidamente, la cebra agachó su cabeza y cerró los ojos, mientras, sus asechadores se encontraban cada vez más cerca. A un par de metros estaban las hienas y la cebra podía escucharlas.

Las hienas notaron un leve movimiento, detrás de un arbusto, a causa de ello, se acercaron con suma cautela. De repente, un jabalí salió del arbusto y las hienas centraron su atención en él. Al escuchar, como sus perseguidores se retiraban, la cebra se levantó y examinó su alrededor, pero, nada parecía observarlos. Entonces, salió de los matorrales y comenzó a limpiarse, con su lengua. Súbitamente, fue pringada por gotas de lodo, debido a que, el pequeño león se sacudía, para quitarse la suciedad.

Esto hizo molestar a la cebra, quien, sin esperar, echó a andar, para alejarse de la cría, sin embargo, el pequeño la seguía, aún. Harta de su insistencia, la cebra empujó al leoncito, con una de sus patas traseras. La patada hizo retroceder al cachorro, quien, al levantarse, dejó se perseguir a la cebra. Al verlo quieto, la cebra se dispuso a abandonarlo. Se alejó por unos metros, pero, un zumbido en su cabeza, no la dejaba proseguir en paz.

De pronto, la cebra se detuvo al ver unas pisadas de león en el suelo, las cuales, iban en dirección al oeste. Así pues, la cebra volteó a mirar al leoncito, varado, sin nadie. Al principio, la cebra sacudió su cabeza e intentaba no voltear hacia atrás, no obstante, en su interior, algo la pinchaba y no le dejaba continuar.

Luego de un rato, sin moverse, la cebra se giró y le lanzó un bramido al cachorro, para llamarlo y este, zarandeó sus orejas de alegría. Uno a la par del otro, caminaron hasta salir del pantano.

Cuando cayó la noche, los viajeros se quedaron a la par de un árbol, que se encontraba en el centro, de un campo seco. Rendida, la cebra se dejó caer al suelo, como el tronco de un árbol tras ser talado. Luego, sus párpados se vinieron abajo, estaba lista, para descansar. No obstante, el leoncito se encaramó encima suyo, como si fuese una alfombra.

La cebra se sacudió, para bajárselo, pero, el cachorro se le volvió a subir. Entonces, la cebra se puso de pie y agarró al pequeño con sus dientes, para luego, colocarlo en una de las ramas, del árbol y así dejase de molestarla. Después, la cebra volvió a echarse y, por fin, se durmió, mientras, el pequeño, fuertemente, se sujetaba con sus garritas a la rama.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, la cebra sintió algunos toques, que la despertaron, entre bostezos y pesados parpadeos, vio de que se trataba. Yacía enfrente suyo el cachorro, quien, al verla despierta, le bramaba, mientras, se relamía los labios. La cebra no comprendió dicha acción. Entonces, decidió ignorarlo y continuar con su viaje occidental. Los dos, caminaron por la llanura amarillenta, con las aves que volaban por el cielo y se perdían en el mar de nubes, en constante movimiento.

La cebra notó a lo lejos a un par de jirafas, las cuales, se alejaban de una pequeña arboleda, por lo cual, se dirigieron al mismo lugar. Al llegar, se encontraron con una charca de agua, rodeada por árboles. Entonces, la cebra y el cachorro tomaron del agua. De repente, la cebra sintió una punzante comezón, en su lomo. La sensación la obligó a arrimarse contra el tronco de un árbol y se rascó, como si fuese un cepillo.

No obstante, el picor se mantuvo en su cuerpo. Luego, la cebra se acostó boca arriba y restregó su espalda en el suelo, pero, la situación no cambiaba. Rendida, la cebra se colocó boca abajo, con la molestia aún presente. Inesperadamente, un pequeño pájaro se posó en su lomo. Movió su cabeza y, con una precisa rapidez, atrapó al causante de la molestia, una garrapata.

La cebra soltó un suspiro de alivio, por el favor del pequeño pájaro, el cual, se tragó al parásito, sin embargo, y de manera sorpresiva, el leoncito arremetió al ave y la atrapó con sus dientes. La cebra se quedó boquiabierta. El pequeño león clavó sus colmillos en el cuello del ave y esta murió desangrada, en sus fauces. La cebra le gruño entre dientes y luego, se alejó del cachorro.

En medio del prado, la cebra resoplaba con fuerza. Para olvidarse de lo sucedido, empezó a comer el pastizal del paraje, sin embargo, fue interrumpida por el cachorro, quien se paró a su lado. La cebra le refunfuñó al pequeño. De repente, el leoncito escupió una pata, del ave y se la acercó a la cebra, con su hocico. La cara de la cebra se arrugó con asco y se apartó del cachorro, para comer en paz. Después de un rato, continuaron con su viaje.

Cuando el sol cayó y las demás estrellas se levantaron. La cebra y la cría se acomodaron detrás de una piedra, que sobresalía de una loma. No obstante, antes de que pudiese acostar, el cachorro fue empujado hacia afuera, por la cebra. El leoncito intentó volver a la roca, pero, la cebra lo recibió con un

gruñido. A la intemperie, el cachorro se enrollo como una serpiente y se cubrió del frío, con su colita. La cebra al contemplarlo, giró su mirada de izquierda a derecha, luego, soltó un poco de aire. El cachorro se despertó, cuando escuchó un berrido, de su extrañada escolta, debido a ello, el cachorro se instaló en debajo de la roca, para dormir, eso sí, distanciado de la cebra.

Capítulo 4

El cielo manchado por el azul oscuro, comenzó a encenderse desde el horizonte, con pinceladas de rojo que reemplazan el color anterior. El canto de las aves rompía la quietud de la noche y cada rincón era golpeado por los rayos, del implacable sol. Entre esos rincones, yacían dormidos la cebra y el leoncito, los cuales, fueron tocados por la luz del día.

Los animales salieron de su refugio temporal y reanudaron su camino, en dirección opuesta a la del gigante luminoso. A lo lejos se podían contemplar a las gacelas, quienes se desplazaban con saltos, como si se tratasen de bailarinas del mundo salvaje, listas para huir de la muerte, con cada nuevo día.

El par se detuvo, a las orillas de un río, para beber del agua que siempre mudaba de un lugar a otro. Cuando saciaron su sed, la cebra se sentó, para descansar un rato, por otro lado, el pequeño se daba un baño, con su lengua. El cachorro langüeteaba sus patitas y luego, con una de ellas, cepillaba su cabeza, sin embargo, le costaba mucho trabajo llegar a su espalda, con su lengua. Al observar su dificultad, la cebra ojeó a los lados, luego, revoleó sus ojos y, con su propia lengua, empezó a limpiar el pequeño lomo de la cría. Al principio, el leoncito se sintió incómodo, pero, después de un rato, comenzó a disfrutarlo.

Mientras bañaba al cachorro, la cebra giró su mirada al frente, por unos segundos. De pronto, esta se detuvo, al deslumbrar a un grupo de suricatas, que la observaban, fijamente, desde el otro lado del río. En respuesta, la cebra se congeló, por un instante. Luego, detuvo lo que hacía. Miró a las suricatas, al mismo tiempo, que sus cejas se molestaban. Los pequeños mirones no le quitaban la vista. Entonces, la cebra se levantó y les lanzó un berrido. A causa de ello, las suricatas se escondieron, en su madriguera y ambos continuaron su travesía.

Durante el trayecto, el pequeño león iba un poco por detrás de la cebra y esta, se mantenía concentrada en el camino. A su vez, el sol abrazaba toda tierra y los insectos se alborotaban con zumbidos, por la temperatura, que aumentaba con el pasar de las horas. A consecuencia de todo esto, los dos decidieron echarse debajo de un árbol, a la espera de que el sol apaciguase su calor.

Entre tanta insolación, el leoncito vio, en una de las ramas del árbol, una hoja que se abría y cerraba. Su atención se centró en la extraña hoja, cuando esta bajó de la rama y se posó en la parte inferior del tronco. El cachorro se acercó

un poco más, para contemplarla con más detalle. Al acercarse, pudo ver que poseía unas ramitas peludas, que se frotaban entre sí. También, tenía una cola, como si fuese una cometa hecha con palmas.

La cebra no tardó mucho, en darse cuenta que se trataba de una polilla. Súbitamente, el cachorro trató de atraparla con sus patitas, pero, el insecto fue más rápido que él. Después, se posó en el suelo y el pequeño realizó un segundo intento, el cual, volvió a fallar. Sorpresivamente, la polilla se colocó en medió del hocico de la cebra.

Quieta cual estatua, se mantuvo la yegua, para evitar espantar a la polilla. La cebra volteó hacia el leoncito, quien tenía su vista, fija en el vistoso bicho, a la vez, que movía su colita en forma de arcos. De manera suave, la cebra bajó su cabeza y, al verla, el cachorro se acercó, muy cauteloso, al insecto. Entonces, dio un pequeño brinco y falló, otra vez. La polilla revoloteó por encima del cachorro y se fue por otro lado. El leoncito la siguió en la misma dirección, sin embargo, fue detenido por la cebra, quien le cortó el paso. El pequeño se sorprendió por la acción, pero, más se extrañó, al verla con su mirada alterada. La cebra, después de un incómodo silencio, bajó su quijada a la altura del cachorro, para posteriormente, continuar su camino.

Durante las siguientes horas de sol, no hubo más que solo un prolongado silencio. Mientras el ocaso se avecinaba, el leoncito y la cebra se apresuraron en buscar un lugar, para dormir. Con el cielo sonrojado, sobre la vasta sabana, la luz se perdía en el horizonte, como una llama agonizante y las sombras de los árboles se alargaron, junto con el anochecer.

Cerca de ahí, una ola maciza, que levantaba polvo, se dirigía hacia los pobres viajeros. Entre más se acercaban, la masa oscura emitía graves mugidos. Por aquel sonido, la cebra, rápidamente, se acostó en el suelo y escondió al cachorro por debajo de su pecho, a la vez, que lo cubría con su cuello, de la forzuda manada de búfalos, la cual, acabó por rodearlos. Quien parecía el líder, observó a la cebra, con detenimiento. Los ojos de la cebra, se mantenían inquietos, miraban a un lado y después, al otro, con prontitud.

Luego, de varios segundos asfixiantes, los búfalos dejaron de examinar a la cebra y le dieron la espalda, para irse a dormir, por consiguiente, la cebra cerró los ojos y expulsó el aire, que tenía guardado, en sus pulmones. Con la luna en su punto más alto, yacían los viajeros, junto a la manada de robustos bóvidos. En esa noche, el cielo se encontraba despejado. Las estrellas

modelaban, a la par de los demás astros. La noche se extendía como un eterno vacío azulado, con nubes de brillante púrpura y la brisa que paseaba, por los campos opacados, por el fulgor nocturno.

Ahí mismo, el leoncito asomó su cabeza, para ver lo que se perdía y vio a la cebra con sus oscuros ojos, llenos de pequeños brillos. Entonces, el cachorro volteó hacia arriba y quedó maravillado, por la inmensidad que se dilataba, en cada rincón de su pequeña vista, de cría. Durante el pasar del tiempo, ambos fueron derrotados por el sueño. Dormidos, se encontraban, rodeados por la manada de búfalos, con el viento que acariciaba cada parte del cuerpo, de los que yacían en descanso.

Capítulo 5

El amanecer rompió, lentamente, el velo de la noche que cubría la tierra. El calor se encendía y los animales con este. La cebra se despertó y notó la ausencia del rebaño cornudo. No obstante, mayor fue reacción, al percatarse que el leoncito, no se encontraba debajo suyo. Sin pensarlo, se levantó y su respiración se volvió acelerada y entrecortada. Giró su cabeza de norte a sur y de este a oeste, hasta que finalmente, apareció en su campo visual y, por esa razón, la cebra exhaló sus preocupaciones. El pequeño se encontraba cerca de ahí, a la vez, que intentaba arrancar un tallo de hierba, con su boca. La cebra se le acercó y, con un pequeño chillido, llamó la atención del cachorro, para que dejase lo que hacía y continuasen su camino.

En el transcurso, la cebra comenzó a sentir algo de hambre. Entonces, decidió parar en un arbolado, que visualizó a lo lejos. Cuando se acercaron, la cebra empezó a comerse las ramas de algunos arbustos, que se hallaban en el lugar. Sin haberlo esperado, algo pequeño, pero, duro golpeó su cabeza y la hizo sonar como un coco. Rápidamente, la cebra elevó su vista y divisó a un grupo de monos, en una rama, los cuales, le lanzaron una ráfaga de nueces a su cara. Los frutos secos impactaron en el rostro de la cebra y eso la enfureció. Desde el otro lado, los monos se echaban a carcajadas, como niños latosos. Entonces, la cebra se acercó al delgado árbol, en el que se encontraban los bromistas y le dio una fuerte patada, con una de sus patas traseras.

El golpe sacudió el árbol y los monos se estamparon contra el piso. La cebra se les acercó, para echarles un berrido, sin embargo, el pequeño león se le adelantó y, con todas sus fuerzas, les arrojó un rugido que, pese a ser agudo, fue suficiente, para hacer brincar a los primates, los cuales huyeron, aterrorizados de regreso a los árboles.

Tras ver su acción, la cebra comenzó a sentirse extraña, algo la trastocó. Su humor se había elevado, se sintió orgullosa. Desde otro lado, el cachorro seguía con sus gruñidos, apuntados hacia arriba. Repentinamente, la inquietud se apoderó de los ojos, de la cebra, debido a que, percibió un inusual movimiento en la hierba seca y amarillenta. Le pareció extraño, ya que, no había brisa alguna, que circulase en ese momento.

Súbitamente, de entre los pastizales, un leopardo salió disparado y se trepó en el dorso de la cebra. Rápidamente, la cebra empezó a dar acalorados saltos,

con tal de liberarse del depredador, sin embargo, el manchado no se desenganchaba, había clavado sus garras en su lomo. Entonces, la cebra se tiró al suelo y dio una rodada en la áspera tierra, pero, el leopardo resistió hasta que su presa se puso de pie, nuevamente. Cual tenazas hechas de hueso, las mandíbulas del felino se clavaron, cerca de las vértebras de su presa, la cual, desesperada, solo esperó que algún milagro, la liberase, a la vez, que seguía sacudiéndose.

De pronto, el leopardo sintió un dolor, que aplastaba su cola. A causa de ello, desatascó sus dientes y volteó a su espalda. Vio como un pequeño gato, mordía su cola, con sumo vigor. Sin haberlo esperado, el cachorro terminó por partirle el rabo y un fuerte alarido salió del manchado.

El leopardo se bajó de la yegua y, con gran cólera, marcó con su mirada, al leoncito, el cual, al ver la reacción del otro felino, echó a correr. El pequeño abrió sus garritas y empezó a escalar uno de los árboles, para ponerse a salvo. Brinco tras otro, hasta llegar a una rama, en lo alto. El leoncito se quedó ahí, a la vez, que los escalofríos recubrían su cuerpo. El leopardo, sin mucho problema, comenzó a trepar por el tronco del árbol.

Las pulsaciones de estrés, provocadas por su amígdala, hicieron que el pequeño comenzase a saltar por las ramas. Tanto así que el leoncito logró brincar hacia otro árbol. Un bramido se robó la atención del leoncito, quien volteó a mirar abajo. La cebra se encontraba apoyada en la parte inferior del tronco, mientras, llamaba al pequeño, con jadeantes berridos. De repente, el cachorro notó un camino de ramas, que descendía hasta el suelo. Sin pensarlo, el pequeño león empezó a bajar por el ramaje, a su vez, que era perseguido por leopardo, quien había conseguido cruzar, al mismo árbol.

Con cada nivel al que caía, el leoncito era consumido, cada vez más, por la adrenalina y el sudor de sus energías quemadas. Después de tanto, el cachorro llegó hasta la última de las ramas. La cebra, velozmente, acercó su cabeza, para que el pequeño brincase a ella. Entre tanto, el leopardo cayó por arriba del cachorro, pero, este dio el salto, necesario, y aterrizó en la cabeza de la cebra. Con este a salvo, el leopardo soltó un rugido, parecido a una sierra eléctrica recién encendida. Sin titubear, el leopardo se lanzó contra la cebra, pero, esta giró su cuerpo y le atinó un latigazo con sus patas traseras. El golpe fue tan potente, que le sacó un ojo al felino, el cual, yacía en el suelo, con diminutos calambres en sus músculos, al mismo tiempo, que el rojo se

escapaba de su boca y cuencas. Luego, de unos segundos, la vida se despidió de él. La cebra, tras ver lo que había hecho, apretujó su mirada y se marchó del escenario, a todo galope.

Tras varias horas, cuando el sol se echó a dormir y las nubes se acostaron, cuando la luna se levantó y las estrellas junto con ella, yacía la cebra al lado del leoncito, tendidos en una baja colina. La brisa de la oscuridad traía consigo el frío, que estremecía la carne que trataba de descansar. El leoncito se acercó a la cebra, quien se encontraba inmóvil, a la vez, que sus ojos se veían aguados. El cachorro restregó su cabecita, en el hombro de la cebra, para intentar animarla, sin embargo, ella le apartó la vista, lo cual, provocó un sentimiento de rechazo, por parte del leoncito. Entonces, la cría se distanció a un lado y, cual soga enrollada, se quedó dormido.

Con el pasar de la noche, la temperatura del entorno se percibía por toda la piel e incluso hasta llegar a los huesos. El silencio escarchaba cada rincón y el aire, afilado cual cristal de agua, se deslizaba por los pulmones. Ahí mismo, el cachorro trataba de conciliarse con el sueño, pero, la brisa arañaba su cuerpo y lo hacía temblar. Repentinamente, el cachorro percibió algo, que lo cubría, como si una densa bufanda, lo abrazase. Por aquella sensación, el leoncito abrió sus soñolientos ojos y pudo observar a la cebra, quien se había envuelto a su alrededor. Debido a ello, la seguridad cubrió al cachorro, el cual, se acurró, para dormir, junto al calor dado por la yegua.

Capítulo 6

Un día más en la tierra, acaparada por la luz del sol ardiente. Acompañado por el viento que soplaba, proveniente del oeste, hacia donde se dirigían. La cebra y el leoncito continuaban su camino, mientras, el suelo era tostado por el ardor del día. De repente, las orejas de la hembra comenzaron a moverse nerviosas, por un sonido que habían captado. Un constante ruido que fluía con fulgor, estremeció su audición. Aquella simple, pero, sólida vibración, provocó que ambos se acercasen a su origen.

Tras subir una colina, pudieron observar un ancho río, en el que corrían colosales cantidades de agua, las cuales arrastraban, con indiferencia, cualquier pobre cosilla, que caía en sus palmas mojadas. La yegua se percató del obstáculo, que representaba, puesto que, el río les cortaba el paso de norte a sur. Inesperadamente, sus ojos se encendieron, al ver un puente formado por robustas rocas, titanes elevados que resistían ante la incesante corriente, eran una oportunidad, para ellos. Cuando se acercaron, el río se les manifestó aún más hostil, de lo que parecía desde lejos. Entonces, la cebra sujetó al cachorro con su boca y se determinó en cruzar el tormentoso océano en miniatura.

Pese a los constantes puñetazos, dados por el furioso río, las rocas permanecían inmutables, cual montañas que no se reverencian ante los huracanes. El sonido del agua, que se estrellaba con las piedras, aumentaba la angustia de los viajeros. La cebra con sus extremidades dominadas por el temblor, trataba de avanzar lento, pero, firme, roca a la vez. Por otro lado, las pupilas del pequeño león se tensaban, debido, al monstruo descomunal que yacía bajo sus pies, que en cualquier momento podría tragárselo, de un bocado. Así pues, avanzaron con mucha paciencia, a través del fluido abismo, que era de temer.

Cuando se encontraban a la mitad del puente, un chillido levantó la mirada de la cebra. Un chacal los observaba, fijamente, desde el otro lado. Su inesperada aparición distrajo a la yegua, quien, sin darse cuenta, pisó una piedra recubierta de lama, lo cual la hizo resbalar y ser tragada por el río, junto al pequeño.

Empujada por las turbulentas aguas, la cebra luchaba por mantenerse a flote, sin embargo, su atención se desvió, tras darse cuenta que el pequeño se había soltado de sus dientes. De repente, la yegua escuchó algo, los bramidos del

cachorro que eran ahogados por el rugir del correntío. Separado de ella, a unos metros hacia el frente, yacía el leoncito, el cual pataleaba con pujanza, para no hundirse. En medio, del torrente espumoso y salvaje, la cebra se determinó en acercarse al leoncillo. Sus patas, aptas en tierra, le eran poco útiles en el agua y esto, le exigió un mayor esfuerzo, por su parte. Por otro lado, las energías del cachorro se agotaban más rápido. La cebra, en contantes pataleadas, estaba más cerca de él.

No obstante, el cuerpecillo del león cedió a la fuerza de las aguas. El río lo ingirió, cual trago de un gigante sediento. Un exaltado berrido salió de la cebra, quien, rápidamente, se sumergió a su rescate. Bajó el turbio mundo asfixiante, el agua arrastraba su cuerpo sin remordimiento alguno. Pese al estado borroso de sus ojos, que ardían por la presencia del líquido, la cebra pudo divisar al pequeño, el cual resaltaba en el oscuro fondo sin fin. Sin pausas, se lanzó hacia él, como un torpedo, mientras, el agua se colaba por el interior de su nariz.

Finalmente, cogió al leoncito con su rectangular mandíbula y se dispuso en volver arriba. Su corazón palpitante contrastaba con el frío ambiente, pero, aquello no era su principal preocupación, debido a que, la cristalina superficie le era una brillante promesa, para su embebido cerebro. Al estar tan cerca, rompió el techo de agua, para lograr salir y recuperar el vital aire. La muerte no se los llevó, por ahora.

Durante el voraz transcurso, la fuerza de la cebra empezaba menguar. Solo era cuestión de tiempo, para que volviesen al sitio de donde acababan de salir. Repentinamente, una gran silueta se les manifestó, en sus nebulosas vistas. Se aproximaban hacia un grisáceo pedrusco, con enormes orejas y afiladas protuberancias de hueso blanco. La gran figura extendió un enorme brazo, que sobresalía de su rostro, tan flexible como una cola, y derribó un árbol podrido, que yacía a las orillas del río. La cebra vio dicha oportunidad y se preparó para el encuentro. Al chochar con el tronco, la cebra encaramó sus debilitadas patas sobre él y soltó al cachorro, el cual se adhirió con sus garras al tallo. La corriente insistía en llevarse a la yegua. Con sus extremidades sin fuerzas, poco a poco, la cebra se resbalaba del tronco, sin embargo, sus ganas de seguir persistían. Entonces, clavó su dentadura en el árbol y así, evitó ser arrastrada por el río. El gigante, con su alargada nariz, jaló el tronco, hasta sacarlo del arroyo y los viajeros pudieron conservar su vida, una vez más.

Capítulo 7

Después, de que tosiesen las últimas gotas de agua, su agudeza visual regresaba a ellos. Cuando la recuperaron, pudieron contemplar con más nitidez, a su auxiliador, un elefante. Al verlo, acompañada por un profundo suspiro, la cebra se despojó de sus angustias. De repente, el gigante les dio la espalda y emprendió marcha. Extrañados, ambos viajantes decidieron seguir al elefante, visto que, iba en la misma dirección, que ellos.

Lo que siguió fue una caminata a paso firme, detrás del paquidermo. Un grandulón que levantaba tormentas de polvo, con cada pisada. Silencioso, pero, intimidante por cada minúsculo movimiento que hiciese. La cebra se mantenía algunos metros, separada de él, al igual, que el leoncito, que se salvaguardaba, por debajo de ella. Luego, de varios minutos, unos graves barritados, parecidos a largos truenos, llamaron la atención del par, quienes habían llegado a un seco bosque, junto al elefante.

El fornido se adentró hacia el interior, entre las acacias, que retemblaban con su sola presencia. La cebra y el leoncillo decidieron meterse, también, pese a la inquietud que el sitio les mostraba. En el centro de la arboleda, yacían varios elefantes, formados en un semicírculo. Todos ellos, rodeaban a uno de sus miembros, echado en el suelo, pero, carente de toda vitalidad. Semienterrado en la tierra, como una desgastada roca, reposaba un cuerpo arrugado y en el que el frío prevalecía.

Un pequeño elefante se acercó al difunto. Con su trompita estirada, acarició suavemente la frente del fallecido. Luego, otra cría se le arrimó y esta dejó caer un par de hojas, que traía consigo. Posteriormente, la quietud cubrió todo el lugar. Apagados en silencio y con los ojos cerrados, permanecieron los elefantes, ante su pérdida. A la cebra le eran comprensible aquel ritual, así pues, guardó mudez, agachó la mirada y cerró su ver, también. Sin embargo, el leoncito se conservó desorientado, dichas acciones no le eran más, que solo curiosos gestos, para algo tan común. De ese modo, transcurrió el resto de la tarde, hasta que las horas de luz se apagaron, completamente.

El amanecer llegó, como un silbido tenue. En el horizonte, una prolongada línea era encendida, con un dorado destello. Los azules de la noche, se transformaban en el rojo y luego, en el pálido celeste que abrazaba los cielos.

Al mismo tiempo, que cada árbol y zacate eran topados por la abrasadora claridad, junto al viento, con tintes de frescura.

La cebra y el leoncito yacían dormidos, en el mismo punto. Sin esperarlo, repentinos temblores del suelo los hicieron despertar. Cuando abrieron los ojos, contemplaron a la manada de elefantes, yéndose del sitio. La yegua se sacudió la cabeza y se levantó, rápidamente. Por otro lado, al cachorro le costaba mantenerse despierto, debido a eso, la cebra le jaló una de sus orejas, para que se desadormeciera. Finalmente, el pequeño león se colocó de pie y ambos se fueron con el grupo, hacia el oeste.

El cielo era un quieto océano, donde las nubes escaseaban y el calor descendía como una ácida lluvia invisible. Durante algunos días, los nómadas del salvaje mundo transitaron, por aquel yermo llamado sabana, a su vez, que las gotas de sudor caían de sus cuerpos en constante movimiento. En un punto del camino, ambos grupos se distanciaron, cuando los elefantes cambiaron de trayecto y dejaron solos a la cebra y al leoncillo, nuevamente.

Capítulo 8

Después de andar, por un buen rato, los dos llegaron a un pequeño ojo de agua, rodeado por un par de árboles, en el cual apaciguaron su sed. Luego, el leoncito se desplomó rendido al suelo. Por su parte, la cebra se echó, para descansar de tan ardua travesía.

Varios minutos pasaron, cuando la cebra se despertó de la siesta, que se había regalado. Con su mentón, palpó la cabecilla del cachorro, pero, en este no se presentó ningún tipo de reacción. Desconcertada, la cebra volvió a picar su cabeza, sin embargo, la respuesta no cambiaba. Un repentino berrido salió de ella, para que se levantase, pero, nada parecía funcionar. Súbitamente, los pulmones de la cebra se tensaron y su corazón se descontroló. Empezó a caminar alrededor del pequeño repetidas veces, mientras, su respiración se entrecortaba. Lo que la asechaba era un depredador invisible, aunque, más aterrador que cualquier otro animal, con colmillos. Uno con garras que arañaban su interior sin la necesidad de matarla. Uno que rugía con mayor brío, que cualquier león, el miedo.

De pronto, el cuerpecito del cachorro volvió a mostrar actividad, en forma de una tenue respiración que apenas se notaba. La cebra se acercó, para ver lo que tenía. Inesperadamente, el vientre del pequeño expulsó un burbujeante palpitar. Luego, el cachorro se retorció sobre sí mismo. En ese momento, el problema era bastante claro, para la yegua. Su pequeño estaba hambriento.

La cebra permaneció inmóvil, como si de manera inconsciente, su mente hubiera preferido congelarse, ante la situación. Su vista se quedó abierta, pero, estática, acompañada de un rostro rígido, cual estatua. Repentinamente, sus orejas se movieron, como un intento de recuperar el control, sobre su propio cuerpo. Un breve parpadeo la despertó y, con toda su preocupación, corrió para buscar algo, con que alimentar a su pequeño.

En los alrededores, buscó por un largo tiempo, algo que le pudiese servir. Sin embargo, hasta donde alcanzaba su mirar, no encontró nada en el silencioso prado rojizo, acompañado por secos hierbajos. Cansada, volvió con el pequeño, el cual mostraba una mirada, cada vez, más inerte. Con el picante viento que resoplaba en el lugar, dominado, en su mayoría, por la mudez, la cebra se limitó a observar el lento estertor del pequeño león. De repente, una vaga noción acarició su cabeza. Un pensamiento que ocasionó que levantase

una de sus pesuñas y la colocase sobre el cachorro. Entonces, con una penetrante mirada, la cebra tenía lista una solución.

No obstante, algo le impidió ejecutar dicha idea. Una amarga incertidumbre descendió por su esófago, como un espeso líquido compuesto de culpabilidad, pero, sobre todo, melancolía, muy difícil de tragar. Ante ello, respirar se le volvió una tarea más costosa, como si sus pulmones se hubiesen solidificado. Todas estas emociones, la paralizaron. Entonces, bajó su pata y se mantuvo inerte, como una mera espectadora de sus errores. Después, de un rato, se acostó al lado de su leoncito, en la espera de cualquier milagro, que lo salvase.

Sin embargo, las nubes aún se trasladaban, como los silenciosos barcos de gas que eran. A su vez, el gigante luminoso, se movía sin interrupción alguna y las corrientes de aire todavía circulaban por los cielos vacíos. Simplemente, el mundo permaneció en la más profunda apatía.

Repentinamente, unas pisadas despertaron a la cebra, de manera abrupta. Después de todo, pareciese que el mundo la escuchó, sin embargo, el alivio le duró poco, tras ver aquello que provocó el antes mencionado sonido. Vio, cerca de ellos, a una cría de gacela que bebía del estanque, para luego, alejarse del sitio. La cebra se levantó y, con unos vacíos ojos, siguió a la gacela. Más adelante, la encontró, mientras pastaba sola. La yegua se acercó a ella, con suma cautela, para no ahuyentarla. A pesar de ello, su presencia no alteró a la pequeña gacela, quien la observaba como una vecina, debido a su máscara familiar. Entonces, la cebra consiguió estar de frente, a pocos centímetros, de la cría. El silencio se apoderó en aquel momento, la inocencia de la gacela le impedía imaginar, lo que estaba a punto de suceder. Por otro lado, la cebra sostuvo una mirada silente. Sus pupilas se abrieron, usurpadas por una sombra al asecho. Inesperadamente, un berrido rompió la afónica escena. La madre llamó a su cría, Por consiguiente, la pequeña gacela se alejó de la cebra, quien se mantuvo en su inmovilidad.

Cuando se marcharon, un repentino parpadeo sacó de su letargo a la cebra. Luego, su rostro comenzó a tiritar, al mismo tiempo, que era consumida por su violenta respiración. Poco a poco, retrocedió para luego, de golpe, huir al más fuerte trotar.

Corrió hasta volver con el leoncito, el cual yacía a unos metros, de donde estaba, anteriormente. Desconcertada, la cebra se acercó a él. Ya a su lado, observó al cachorro masticar, con sus escasas fuerzas, unos pelillos de zacate.

Tras ver dicha imagen, la cebra se quedó en trance, por unos segundos, para luego, presionar sus ojos, cual puños carcomidos por la frustración, antes de zampar su cabeza en la tierra y rasparla, contra la misma, repetidas veces.

Después, de tantos golpes, la cebra alzó su frente, con una herida abierta, pero, el malogro seguía sin despegarse de ella. Luego, solo se quedó en silencio. Una gota de sangre, proveniente del rayón, resbaló a la par de su ojo, como una colorada lágrima, para luego, desprenderse de su cara y tocar el suelo.

Al ver aquella migaja de vida, la yegua reaccionó, súbitamente. Sus ojos se inquietaron. Luego, su mente se quedó en blanco. Contempló su pata, marcada con la mordida. Entonces, una solución aterrizó en su conciencia. Lo único que faltaba era su determinación, por llevarla a cabo, pero, ¿por qué? La cebra volvió su mirada a la razón, el pequeño león que había acompañado. Así pues, encontró su motivación, no en el por qué, sino, por quién.

Tomada su decisión, la yegua destapó sus dientes. Acto seguido, los hundió en su pata y la sangre empezó a brotar, como el denso jugo de una fruta al ser aplastada. El dolor no tardó en manifestarse, sin embargo, resistió ante él y prosiguió, pese a ello. Con sus cuadrados molares y dientes, carentes de cualquier filo, la cebra ejerció toda la potencia de su mandíbula, para arrancar, tan si quiera, un trozo de su dura carne. De ese modo, las costuras de sus músculos comenzaron a romperse, como tela al ser desgarrada con las manos.

En un jalón último, una tajada de molla empapada por rojizo líquido, se desligó de su extremidad. Agotada, la colocó al lado de la boca, del leoncito y luego, se desplomó en el suelo, cual árbol tras ser talado.

Tras algunas horas, su mirada regresó del oscuro silencio del sueño. Delante suyo, el leoncillo no se encontraba, nomás veía una oscura mancha reseca. Rápidamente, la cebra se levantó y con el persistente ardor, que sentía en su cuerpo, volteó su vista a todas partes. De pronto, encontró lo que buscaba, el cachorro sentado de espaldas. La rayada hembra se acercó a él, a pasos de cojo. Cuando estuvo a su costado, el leoncito evitó cruzar miradas con ella. A causa de su acción, las orejas de la cebra se cayeron, sin embargo, en un instante, la yegua se percató de algo. El hocico del leoncito estaba teñido en rojo. A partir de eso, los pensamientos de la cebra se ordenaron. Después, no hubo ningún repentino suceso, la cebra solo aproximó su hocico al del cachorro para luego, suavemente, limpiarle la colorada suciedad, con su lengua.

Luego, de haberle quitado el vibrante color, el leoncito le devolvió su ver, al mismo tiempo, que tenía sus orejas retraídas. Posteriormente, ambos se pusieron de pie y reanudaron el camino, que habían pausado.

Mientras avanzaba, cada paso era un pesado esfuerzo, para la cebra, cada pisada era como la de un infante, que empieza a andar. Con cada metro, no podía ocultar el resaltante olor que emanaba de su extremidad. Aún así, mantuvo su vista erguida y el resto de sus sentidos despiertos. No podía darse el lujo de ir como de costumbre, debido a su estado.

Inesperadamente, el leoncito se detuvo. Desconcertada, la cebra se paró, también. Sin previo aviso, la nariz del cachorro comenzó a menearse. Luego, sus pupilas se agudizaron y el pelaje de su espalda se erizó, antes de, rápidamente, cubrirse debajo de la cebra. Su aptitud estremeció a la yegua, quien se puso en alerta, lista para actuar, aunque, no se encontrase en las mejores condiciones, para defender a su pequeño.

Entre la hierba seca, algunas fugaces sombras pasaron por su vista, acompañadas por sutiles pisadas, que apenas se oían. Sus ojos se pelaron, más de lo que ya estaban, a la vez, que su corazón zarandeaba, como si tratase de romper sus costillas, para poder huir. De repente, una grave respiración, proveniente de los pastizales, le hicieron levantar las orejas. Súbitamente, una leona salió del espeso zacate y soltó un rugido, que rebotó a lo largo de todo el prado.

Repentinamente, una docena de leonas salieron de sus escondites y rodearon a la cebra. De manera inmediata, la yegua se agachó su cabeza, para cubrir al leoncito, que temblaba, detrás de sus patas. Con todas aquellas felinas, que los circundaban, la cebra alzó, lentamente, su cabeza, para dejar en descubierto a su pequeño.

Visto al leoncillo, las leonas se quedaron en silencio, por un rato. Luego, la primera de las hembras soltó otro rugido, pero, más agudo. Posteriormente, de entre los pastos más largo, otra leona hizo acto de presencia, mientras, atrás suyo, le seguía una camada de 3 cachorros. La leona y sus crías se pararon delante de la cebra. La felina, tras ver al cachorro con la cebra, lo llamó, con un suave bramido.

Temeroso, el leoncito no respondió al llamado, sin embargo, la cebra retrocedió unos pasos, para desvelarlo. Al verse exhibido, el cachorro intentó

volver cubrirse, debajo de la cebra, sin embargo, ella bajó su cabeza, para evitar que lo hiciese. A causa de ello, la respiración del cachorro se descontroló. Verlo sumido en el pánico, empujó a la yegua a calmarlo. Entonces, acercó su cabeza con la suya y, de la forma más esponjosa, que su desgastado ser le permitió, la cebra lo calmó con su calor, al rozar sus rayadas mejillas con las de su leoncito.

Su muestra de afecto, aquietó los miedos del pequeño león. A sí pues, el cachorro se aproximó a los suyos. Cuando llegó con la leona, esta lo olfateó de cerca, para luego, lamer su frente. Después, el resto de crías se le acercaron y empezaron a olerlo, también. Se volvió uno de ellos.

Por otro lado, las leonas empezaron a acercarse a la cebra, cautelosamente, mientras desenvainaban sus colmillos y abrían sus garras. Verlas aproximarse, encendió las ganas de correr, de la yegua, sin embargo, el simple hecho de mover la pata, le causaba un incapacitante dolor. Su terror hizo que removiera sus ojos, hacia todas direcciones, en búsqueda de cualquier salida. No obstante, todo camino estaba cerrado, para ella. Con su mente inquieta, observó al leoncito, el cual la veía, angustiado.

En ese instante, el palpitar de su corazón se redujo, a unos bajos latidos. Sus músculos se relajaron y el erizado pelaje de su lomo cayó. A sabiendas de su marcado final, la cebra no se dejó llevar por la desesperación. Todo a su alrededor desapareció. Se olvidó de todo lo que aterraba, de todo aquello que alguna vez la dañó y hasta de sí misma. Lo único que veían sus ojos, era a su pequeño, pero, hermoso bebé. Uno que, con su juguetona colita, la veía con amor. La cebra tomó un último respiro, para luego, despedirlo con una leve sonrisa, antes de que las leonas se abalanzaran y acabasen con su vida.

Epílogo

La luz del día estaba cerca de apagarse, cual vela a punto de consumir toda su cera. Ahí mismo, toda la manada se daba otra cena, con la presa que el salvaje mundo les había regalado. No obstante, uno de sus miembros se encontraba distanciado del resto. Delante de él, estaba un pequeño agujero, que había cavado con sus propias garras. Posteriormente, colocó una blanca y ensangrentada pesuña, en el hoyo, para luego, darse la vuelta y tapar todo con tierra. Después, el leoncillo se limitó a observar, en profundo silencio, la tumba que armó y ahí se mantuvo, hasta que el sol se puso.

Puede que el pequeño león, mientras contemplaba el modesto nicho, pensase que la volvería a ver. Quizás no en la misma sabana, pero, sí en otra. En algún lugar, donde yace esperándolo, para reencontrarse, una vez más. Aunque, solo fuese una idea, a la que decidió aferrarse.